

LA CLEMENCIA DE LOS LOBOS

El científico Konrad Lorenz observó una vez una pelea de lobos. Los dos animales se acercaron lentamente. Primero como que se saludaron; luego se olfatearon y se colocaron de lado, cabeza contra cola. Con el rabo tieso y el pelaje erizado, lanzaban gruñidos de amenaza. De pronto, las dos cabezas chocaron. Se pararon en las patas traseras y comenzó un ruido infernal de gruñidos y chocar de dientes.

Las aves del bosque callaron. Los mordiscos iban y venían. Sin embargo los lobos no se hacían mayor daño. Apenas pequeños hilos de sangre salían de los hocicos. Se movían como boxeadores, buscando hundir los colmillos en el pescuezo del rival. Pero la fuerza era pareja, ninguno cedía. De pronto, uno retrocedió un poco y pegó en un tronco. Por un instante aquel lobo perdió el control y quedó vuelto de lado. Un instante más y los colmillos se clavarían en el cuello y la lucha terminaría con un muerto. Pero algo extraño ocurrió: como obedeciendo una orden, los dos se quedaron quietos. El hocico del vencedor tocaba el cuello del vencido. Este volteó la cabeza como ofreciendo su pescuezo. Renunciaba a la lucha, y a su vida. Pero el mortal mordisco nunca llegó. Algo le decía al vencido que al ofrecer su cuello y su vida, estaría a salvo. El vencedor seguía erizado, conteniendo apenas su furia. Pero no podía morder. Algo se lo impedía. Poco a poco, el vencido se alejó. El bosque nuevamente se llenó del canto de las aves.

Los animales han desarrollado su forma de ser a lo largo de miles de años. Nacen con una poderosa fuerza interna que los ayuda a sobrevivir. Por eso animales que pueden matar de un solo golpe, como el oso o el jaguar y tantos otros, tienen un freno ante la muerte. Es tan poderosa esa fuerza que esos animales casi siempre viven solos y no en manada. Así evitan el atacarse entre ellos mismos. Pero una vez al año, cuando llega el tiempo del apareamiento, abandonan su soledad y van en busca de la compañera. Pues el

instinto de procrear nueva vida, es más fuerte que la furia.

Pero hay un ser que nace desarmado, y construye sus armas. Un ser que tiene un freno moral, que no siempre usa. Ese ser jamás se cansa de inventar armas nuevas, cada vez más mortales. Mientras el lobo ofrece su pescuezo en lo más fiero del combate a su enemigo, y sabe que allí empieza la clemencia, el ser humano termina la lucha manchado de sangre.

Allá por el año 1935, Konrad Lorenz escribió: "Llegará el día en que toda la humanidad se halle dividida en dos bandos. Llegará el día en que en la guerra, uno podrá exterminar totalmente al otro. ¿Nos comportaremos entonces con la clemencia del lobo...? Esta pregunta será decisiva para el destino de la humanidad..."

